

CAPÍTULO VIII

LAS GRANDES REVOLUCIONES DE UN VALLECITO

—Y bien, maese Sibilet, decía el general á su administrador, al día siguiente de su llegada, dándole un nombre familiar que probaba lo mucho que apreciaba los conocimientos del antiguo pasante de notario; según la palabra ministerial, las circunstancias son graves, ¿verdad?

—Sí, señor conde, respondió Sibilet, que seguía al general.

El feliz propietario se paseaba por delante de la casa del administrador, á lo largo de un espacio en que la señora Sibilet cultivaba flores, y en cuyo extremo empezaba la vasta pradera regada por el magnífico canal que Blondet ha descrito. Desde allí se veía á lo lejos el castillo de los Aigues, del mismo modo que desde los Aigues se veía de perfil el pabellón en que vivía el administrador.

—Pero, repuso el general, ¿qué dificultades se presentan? Yo sostendré el pleito con los Gravelot, pues por dinero no ha de quedar, y anunciaré de tal modo el arriendo de mis bosques, que, por efecto de la competencia, llegaré á obtener de ellos su verdadero valor.

—Las cosas no van como vos creéis, señor conde, repuso Sibilet. Y ¿qué haréis si no encontráis nadie que los quiera?

—Cortaré por mi cuenta y venderé la madera.

—¿Seréis capaz de haceros comerciante en maderas? dijo Sibilet, que vió al general encogerse de hombros. Perfectamente. No hablemos del asunto aquí, pues sólo en París podría tener salida. Será preciso que alquiléis un almacén, que paguéis patente y contribuciones, derechos de navegación, de concesión, que sufraguéis los gastos de descarga y de apilamiento; en fin, necesitáis un agente...

—¡Eso es impracticable! dijo vivamente el general asustado. Pero ¿por qué no he de encontrar quien me tome los bosques?

—¡El señor conde tiene enemigos en el país!

—¿Quiénes?

—En primer lugar, el señor Gaubertin.

—¿Ese pillo á quien habéis reemplazado?

—No gritéis tanto, señor conde, dijo Sibilet asustado; por favor, no gritéis tanto, pues puede oiros mi cocinera.

—¡Cómo! ¿no puedo hablar en mi casa de un miserable que me robaba? respondió el general.

—En nombre de vuestra tranquilidad, señor conde, ¡venid más lejos! Gaubertin es alcalde de la Ville-aux-Fayes.

—¡Ah! le doy mi enhorabuena á la Ville-aux-Fayes; ¡mil rayos! ¡vaya un pueblo bien administrado!...

—Hacedme el honor de escucharme, señor conde, y creedme que se trata de cosas muy serias, de vuestro porvenir aquí.

—Os escucho; vamos á sentarnos en aquel banco.

—Señor conde, cuando vos despachasteis á Gaubertin, él tuvo que buscarse un medio de vivir, porque no era rico...

—¿No era rico y robaba aquí más de veinte mil francos al año?

—Señor conde, no tengo la pretensión de justificarle, repuso Sibilet; bien quisiera ver prosperar los Aigues, aunque sólo fuese para probar la falta de probidad de Gaubertin; pero no nos divirtamos, pues tenemos en él el más peligroso pillo que existe en toda la Borgoña, y está en disposición de poder haceros daño.

—¡Cómo! dijo el general que se había puesto pensativo.

—Tal como le veis, Gaubertin dirige y manda una tercera parte de las provisiones de París. Agente principal del comercio de maderas, dirige las explotaciones en el bosque, el corte de árboles, su vigilancia, su acarreo y su envío. En relaciones constantes con los obreros, es el dueño de los precios. Ha echado tres años en crearse esta posición; pero es fuerte en ella cual si estuviese en una fortaleza. Habiendo llegado á ser el hombre obligado de todos los comerciantes, se muestra imparcial sin favorecer á ninguno; ha regularizado todos los trabajos en provecho propio, y los hace mucho mejor y con menos coste, que si cada uno de los comerciantes tuviese, como en otro tiempo, su agente. Así es que ha sabido alejar tan bien todas las competencias, que es el dueño absoluto de las adjudicaciones. La corona y el Estado son sus tributarios. Los cortes de leña hechos en los bienes de la corona y del Estado, que se venden en subasta, pertenecen á los comerciantes de Gaubertin; nadie tiene hoy po-

der para disputárselos. El año pasado, el señor Mariotte, de Auxerre, estimulado por el director de los dominios, quiso hacer competencia á Gaubertin; en primer lugar, Gaubertin le hizo pagar los derechos de explotación, y, cuando trató de explotar, los obreros del Avonne le pidieron tales precios, que el señor Mariotte se vió obligado á traerlos de Auxerre, y entonces los de la Ville-aux-Fayes los apalearon. Se ha procesado al jefe de la coalición y al que promovió la riña. Este proceso ha costado mucho dinero al señor Mariotte, el cual, aparte del disgusto de ver que condenaban á pobre gente, ha pagado las costas, pues los sentenciados no tenían ni un céntimo. Un proceso contra gente pobre no da más que disgustos y engendra el odio de los que viven á su lado. Permitidme que os haga de paso esta advertencia, pues tendréis que luchar contra todos los pobres de este distrito. No es esto todo. Como todo estaba calculado, el pobre padre Mariotte, un buen hombre, perdió con que le hubiesen adjudicado la madera. Obligado á pagar al contado, vende á plazos; Gaubertin entrega la madera á precios inauditos para arruinar á su competidor; la da con un cinco por ciento de rebaja sobre el precio del coste; así es que el crédito del honrado Mariotte ha sufrido grandes golpes. En fin, hoy, Gaubertin persigue aún y molesta á ese pobre Mariotte, el cual, según dicen, va á marcharse, no solo de Auxerre, sino de toda esta comarca, y hace bien. Con este golpe, los propietarios han sido perjudicados mucho tiempo por los comerciantes, que, ahora, marcan el precio de la venta, como en París los comerciantes de muebles en el palacio de los tasadores. Pero Gaubertin evita tantas molestias á los propietarios, que salen ganando con él.

—Y ¿cómo? dijo el general.

—En primer lugar, toda simplificación, tarde ó temprano, aprovecha á los interesados, respondió Sibilet. Además, los propietarios tienen la seguridad de percibir sus rentas. En materia de administración rural, esto es lo principal, ya lo veréis. Finalmente, el señor Gaubertin es el padre de los obreros; les paga bien y les da siempre trabajo. Como sus familias habitan en el campo, los bosques de los comerciantes y de los propietarios que confían sus intereses á Gaubertin, como hacen los señores de Soulanges y de Ronquerolles, no son devastados. Se limitan á recoger la leña seca y nada más.

—¡Veo que ese pillito de Gaubertin no ha perdido el tiempo! exclamó el general.

—Es un hombre terrible, repuso Sibilet. Como él dice, en lugar de ser administrador de los Aigues, es el administrador de la mitad de este departamento. Cobra poco á cada uno, y este poco, como son muchos á darlo, asciende á la suma de cuarenta ó cincuenta mil francos al año. «Las chimeneas de París lo pagan todo», suele decir él. Este es vuestro enemigo, señor conde. Así es que mi opinión es que capituléis y que os reconciliéis con él. Ya sabéis que está emparentado con Soudry, el cabo de gendarmes de Soulanges; con el señor Rigou, alcalde de Blangy; los guardas campestres son hechura suya; de modo que la represión de los delitos que os perjudican se hace imposible. De dos años á esta parte, sobre todo, vuestros bosques están perdidos. Los señores Gravelot, en mi concepto, tienen medios de ganar el pleito, pues dicen: «En el contrato de arriendo, la custodia de los bosques corre á cargo vuestro; no los guardáis; luego me perjudicáis y tenéis que abonarme una indemnización.» Esto es cierto, pero no es una razón para ganar un pleito.

—Hay que saber aceptar los pleitos aunque sea perdiendo dinero, para evitarlos en lo sucesivo, dijo el general.

—Pues si lo entabláis, le dais una satisfacción á Gaubertin, respondió Sibilet.

—Y ¿por qué?

—Porque el pleitar contra los Gravelot es batirse cuerpo á cuerpo con Gaubertin que los representa, repuso Sibilet. El no desea otra cosa. Así lo dice, y afirma que os llevaría, si es necesario, ante el tribunal de casación.

—¡Ah! ¡el muy pillito!... el...

—Si queréis explotar por vos mismo, continuó Sibilet poniendo el dedo en la llaga, caeréis en las manos de los obreros que os pedirán *jornal de señor* en lugar del *jornal de comerciante*, lo cual contribuirá á hundiros, es decir, que os pondrá como á ese buen Mariotte, en una situación que ha de obligaros á vender perdiendo. Si queréis arrendar, no encontraréis arrendatario, pues no esperéis que nadie arriesgue por un particular lo que el pobre Mariotte ha arriesgado por la corona y por el Estado. Y, aun así y todo, que vaya el buen hombre á hablar de sus pérdidas á la administración. La administración es un señor que se

parece á vuestro servidor cuando estaba en el catastro, un hombre digno y con levita raída, que lee el periódico sentado ante una mesa. Que el sueldo sea de mil doscientos ó de doce mil francos, no por eso se conmueve. Habladle, pues, de reducciones y de consideraciones al fisco representado por ese señor. Os responde *tururu*, cortando su pluma. Estáis fuera de la ley, señor conde.

—¿Qué hacer? exclamó el general cuya sangre hervía, y que empezó á pasearse á grandes pasos por delante del banco.

—Señor conde, respondió Sibilet brutalmente, lo que voy á deciros perjudica á mis intereses; ¡es preciso vender los Aigues y abandonar el país!

Al oír esta frase, el general dió un salto como si hubiese recibido un balazo, y miró á Sibilet con aire diplomático.

—Un general de la guardia imperial retroceder ante semejantes pillos, cuando la condesa está tan enamorada de los Aigues! dijo. Prefiero ir á abofetear á Gaubertin en la plaza de la Ville-aux-Fayes para obligarle á batirse conmigo y matarle como á un perro.

—Señor conde, Gaubertin no es tan tonto para que se atreva á meterse con vos. Además, que no es fácil insultar tan impunemente al alcalde de una subprefectura tan importante como la de la Ville-aux-Fayes.

—Haré que lo destituyan; los Troisville me ayudarán, pues se trata de mis rentas.

—No lo lograréis, señor conde; Gaubertin tiene buenos apoyos y os crearíais dificultades de las que acaso no podríais salir.

—¿Y el pleito? dijo el general. Es preciso pensar en el presente.

—Señor conde, yo haré de modo que lo ganéis, dijo Sibilet dándose cierta importancia.

—Y ¿cómo, buen Sibilet? dijo el general dando un apretón de manos á su administrador.

—Lo ganaréis en el tribunal de casación, con arreglo á la ley. A mi parecer, los Gravelot tienen razón; pero no basta estar fundado en derechos y en hechos, es preciso ponerse en regla en cuanto á la forma, y ellos la han descuidado. Los Gravelot debían haberos pedido y exigido que guardaseis mejor los bosques. No se pide una indemnización al finalizar un arriendo por daños recibidos durante

una explotación de nueve años; existe un artículo en la ley de arriendos que se puede alegar en nuestro favor. Perderéis en la Ville-aux-Fayes, perderéis acaso en la audiencia, pero lo ganaréis en París. Tendréis que pagar enormes costas. Aun ganando, gastaréis más de doce ó quince mil francos; pero ganaréis, si os empeñáis en ello. Este pleito no os reconciliará con los Gravelot, pues será más ruinoso para ellos que para vos; pasaréis á ser su mayor enemigo, os echarán fama de pleitista, os calumniarán, pero ganaréis...

—¿Qué hacer? repitió el general, á quien los argumentos de Sibilet producía el efecto de los más violentos tópicos.

En este momento, recordando los latigazos que había propinado á Gaubertin, hubiese deseado habérselos dado á sí propio, y, en su cara de fuego, mostraba á Sibilet todos sus tormentos.

—¿Qué hacer, señor conde? No hay más que un medio: transigir; pero no podéis transigir por vos mismo. Yo tengo que fingir que os robo. Pero cuando toda nuestra fortuna y nuestros consuelos están basados en nuestra probidad, á nosotros, los pobres diablos, nos cuesta trabajo aceptar la fama de bribones. Siempre se nos juzga por las apariencias. Hubo un tiempo en que Gaubertin le salvó la vida á la señorita Laguerre, y fingió que la robaba; este sacrificio se lo recompensó ella dejándole en su testamento un solitario de diez mil francos, que la señora Gaubertin lleva en su ferreón.

El general dirigió á Sibilet una segunda mirada tan diplomática como la primera; pero el administrador simuló no percibir aquella desconfianza oculta con apariencia de candidez y con sonrisas.

—Mi falta de probidad, regocijará tanto al señor Gaubertin, que se constituirá en mi protector, repuso Sibilet. De modo que será todo oídos cuando yo vaya á hacerle la siguiente proposición: «He logrado arrancar al conde veinte mil francos para los señores Gravelot, con la condición de que los han de repartir conmigo.» Si vuestros adversarios consienten, os traigo diez mil francos, no perdéis más que diez mil, salváis las apariencias, y el pleito no tiene lugar.

—Eres un gran hombre, Sibilet, dijo el general tomándole la mano y estrechándosela. Si puedes arreglar el por-

venir tan bien como el presente, llegaré á creer que eres la perla de los administradores.

—Respecto al porvenir, repuso el administrador, seguramente que no os moriréis de hambre porque dejéis de cortar la madera en dos ó tres años. Empezad por guardar bien vuestros bosques. De aquí á entonces mucha agua ha de correr por el Avonne. Gaubertin puede morir; puede creerse bastante rico para retirarse; en fin, tenéis tiempo para buscar alguien que le haga la competencia; el bollo es bastante grande para que pueda repartirse; podéis ponerle en frente otro Gaubertin que anule su poder.

—Sibilet, dijo el veterano maravillado con aquellas diversas soluciones, te doy mil escudos si terminas el asunto de este modo; respecto á lo demás, ya lo pensaremos.

—Señor conde, dijo Sibilet, ante todo, guardad vuestros bosques; id á ver en qué estado los han dejado los aldeanos durante los dos años que ha durado vuestra ausencia. ¿Qué había de hacer? Yo soy administrador, no soy guarda. Para guardar los Aigues son necesarios, por lo menos, un guarda general de á caballo y tres guardas particulares.

—Nos defenderemos. ¿Quieren guerra? pues bien, se la haremos. Eso no me asusta, dijo Montcornet frotándose las manos.

—Esta es la guerra de los escudos, dijo Sibilet, y os ha de parecer más difícil que la otra. Se mata á los hombres, pero no se mata á los intereses. Os batiréis con vuestro enemigo en el campo de batalla en que combaten todos los propietarios, *¡la realización!* Lo de menos es producir, es preciso también vender, y, para vender, hay que estar en buenas relaciones con todo el mundo.

—La gente del país estará de mi parte.

—¿Y cómo? preguntó Sibilet.

—Haciéndoles bien.

—¿Hacer bien á los aldeanos del valle, á la gente baja de Soulanges? dijo Sibilet poniéndose horriblemente bizzo á causa de la ironía que brilló más en un ojo que en otro. El señor conde no sabe lo que pretende. En este país, Nuestro Señor Jesucristo perecería por segunda vez. Si queréis gozar de tranquilidad, señor conde, imitad á la difunta señorita Laguerre, dejaos robar, ó infundid temor á las gentes. El pueblo, las mujeres y los niños se gobiernan

por medio del terror. Este fué el gran secreto de la Convención y del emperador.

—¡Ah! ¿Conque estamos en el bosque de Bondy? exclamó Montcornet.

—Amigo mío, fué á decir Adelina á Sibilet, tu almuerzo te espera. Dispensadme, señor conde; pero no ha tomado nada desde por la mañana, y ha estado ya en Ronquerolles para entregar granos.

—Idos, idos, Sibilet.

Al día siguiente por la mañana, antes de amanecer, el antiguo coracero fué á la puerta del Avonne, con intención de hablar con su único guarda y sondar sus disposiciones.

Una porción de terreno de setecientas á ochocientas fanegas del bosque de los Aigues costecaban el Avonne, y, para que el río conservase su majestuoso aspecto, se habían dejado crecer grandes árboles en las orillas, á uno y otro lado del canal, que formaba una línea casi recta de tres leguas. La querida de Enrique IV, que había sido dueña de los Aigues, tan loca por la caza como el Bearnés, hizo construir, en 1593, un puente de un solo arco y de doble pendiente, para pasar de esta parte del bosque á la otra mucho más considerable, comprada por ella y situada en la colina. La puerta del Avonne fué construida entonces para servir de punto de cita para la caza; ya se sabe la magnificencia que los arquitectos desplegaban en esta clase de edificios consagrados al placer de la nobleza y de la corona. De aquí partían sus avenidas, cuya reunión formaba una media luna. En el centro de esta media luna se levantaba un obelisco que ostentaba un sol de relieve, que había sido dorado en otro tiempo, y que, de una parte, presentaba las armas de Navarra, y de la otra, las de la condesa de Moret. Otra media luna, construida á orillas del Avonne, se comunicaba con la de la cita por medio de un paseo de árboles rectos, en cuyo extremo se veía la angulosa cima de aquel puente á la veneciana. Entre dos hermosas rejas, de un carácter semejante á la magnífica reja tan desgraciadamente demolida en París, y que rodeaba el jardín de la plaza Real, se levantaba un pabellón de ladrillo, con el zócalo de piedra tallada á punta de diamante, como la del castillo, con el tejado muy agudo y con las ventanas rodeadas de piedra tallada de la misma manera. Este antiguo estilo, que daba al pabellón carácter regio, en las ciudades sólo es propio

para cárceles; pero en medio de los bosques, recibe, con todo lo que le rodea, un esplendor particular. Una espesura de árboles formaba una especie de cortina, tras la cual una perrera, una jaula para halcones, otra para faisanes y las habitaciones de los piqueros caían arruinadas, después de haber sido la admiración de Borgoña.

En 1595, de este espléndido pabellón salía una partida de caza real, precedida de aquellos hermosos perros de que tanto gustaban Pablo el Veronés y Rubens, en donde pisaban los caballos de gruesa grupa azulada, blanca y satinada, que no existen más que en la prodigiosa obra de Wouwermans, seguida de aquellos criados con gran librea y animada por aquellos piqueros con botas altas y con calzón de piel amarilla, que figuran en los hermosos cuadros de Van der Meulen. El obelisco levantado para celebrar la permanencia del Bearnés y su partida de caza con la hermosa condesa de Moret ostentaba la fecha encima de las armas de Navarra. Esta celosa querida, cuyo hijo fué legitimado, no quiso ver figurar allí las armas de Francia, su condena.

En el momento en que el general vió este magnífico monumento, el musgo reverdecía en los cuatro testeros del tejado. Las piedras de los zócalos, gastadas por el tiempo, parecían protestar de la profanación por mil bocas abiertas. Las varillas de plomo de las ventanas, que parecían torcerse, habiéndose separado, dejaban caer sus vidrios octogonales. Alelíes amarillos florecían entre los balaustres, y la hiedra asomaba sus garras blancas y velludas por todos los agujeros.

Todo acusaba aquella innoble incuria y aquel sello puesto siempre por los usufructuarios á todo lo que poseen. Dos ventanas del primer piso estaban tapadas con hierba. Por una ventana del piso bajo se veía una pieza llena de herramientas, de haces; y por otra, una vaca enseñando su morro, hacía saber á los que visitaban aquel lugar que Piernacorta, para no andar el camino que separaba el pabellón del cuarto destinado á jaula de faisanes, había convertido la gran sala del pabellón en cuadra, sala cuyo techo estaba dividido en cuadros que representaban los escudos y armas de todos los poseedores de los Aigues.

Negras y sucias empalizadas afeaban el exterior del pabellón, encerrando cerdos bajo techos de madera, gallinas y

patos, cuyos excrementos se extraían para abono cada seis meses. Aquí y allá, se veían trapos puestos á secar sobre los espinos que brotaban descaradamente.

En el momento en que el general llegó por la avenida del puente, la señora Piernacorta fregaba un cazo en el que acababa de hacer café con leche. El guarda, sentado al sol en una silla, miraba á su mujer del mismo modo que mira un salvaje á la suya. Cuando oyó pasos de caballo, volvió la cabeza, reconoció al señor conde, y se quedó cortado.

—Está bien, Piernacorta, dijo el general al guarda, no me asombra que corten la leña de los bosques antes que los señores Gravelot: ¡tú has tomado tu empleo por una canongía!

—Os juro, señor conde, que he pasado tantas noches en el bosque, que he cogido un enfriamiento. Sufro tanto esta mañana, que mi mujer limpia en este momento el cazo que acaba de hacerme una cataplasma.

—Querido mío, le dijo el general, la única enfermedad que yo conozco que se cura con cataplasmas de café con leche, es el hambre. Escucha, pirabán. He visitado ayer mi bosque y los de los señores Ronquerolles y Soulanges; los suyos están perfectamente guardados, y los míos están en un estado deplorable.

—¡Ah! señor conde, ellos son antiguos en el país, y todo el mundo respeta sus bienes. ¿Cómo queréis que yo me pelee con seis ayuntamientos? Prefiero mi vida á vuestros bosques. Un hombre que quiera guardarlos como es debido, obtendría por premio algún balazo en la cabeza que le soltarían desde algún rincón de vuestros bosques...

—¡Cobarde! exclamó el general conteniendo el furor que le causaba aquella insolente réplica de Piernacorta. Esta noche ha sido magnífica, pero me cuesta cien escudos hoy, y mil francos de perjuicio para el porvenir. Querido mío, ó las cosas cambian, ú os marcharéis de aquí. Ante el pecado, misericordia. Estas son mis condiciones: os doy el importe de las multas, y, además, os daré tres francos por cada juicio verbal. Si no cumplís con vuestro deber, os despediré; mientras que si me servís bien, si lográis reprimir los abusos, os señalaré una pensión de cien escudos. Reflexionadlo bien. Aquí tenéis seis caminos, hay que tomar uno, como yo, que no temo á las balas; procurad encontrar el bueno.

Piernacorta, hombrecito de cuarenta y seis años y de cara redonda, gustaba mucho de la holganza. Contaba vivir y morir en aquel pabellón, que él denominaba ya su pabellón. Sus dos vacas se alimentaban por los prados, tenía leña y cultivaba su huerta en lugar de correr detrás de los delincuentes. Aquella incuria era deseada por Gaubertin, y Piernacorta lo había comprendido. El guarda no perseguía, pues, á los ladrones de leña, á no ser para satisfacer su odio. Perseguía á los jóvenes rebeldes á su voluntad, y á la gente á quien no quería; pero hacía ya tiempo que no odiaba á nadie, y era querido por todo el mundo á causa de su indulgencia.

Piernacorta tenía puesto siempre su cubierto en la mesa de la Grande-I-Verde, los hacinadores le halagaban, su mujer y él recibían regalos en especies de todos los mercedadores. Le cortaban y le traían á casa la leña y le trabajaban la viña. En fin, encontraba criados en todos los delincuentes.

Tranquilo con las promesas de Gaubertin respecto á su porvenir, y contando con las dos fanegas de tierra cuando los Aigues se vendiesen, quedó sorprendido con las secas palabras del general, que descubría, por fin, después de cuatro años, su naturaleza de burgués resuelto á no dejar que siguiesen engañándole. Piernacorta tomó su gorra, su morral, su escopeta, se puso las polainas, su bandolera con las recientes armas de Montcornet, y se fué hasta la Ville-aux-Fayes, con aquel paso indolente que suelen tomar las gentes del campo cuando se entregan á profundas reflexiones, mirando á los bosques y silbando á sus perros.

—Te quejas del Tapicero cuando tienes hecha tu fortuna, dijo Gaubertin á Piernacorta. ¿Cómo! ¿te da ese imbécil tres francos por cada juicio verbal y las multas? Pues bien, procura entenderte con unos cuantos amigos, y le propondrás tantos juicios verbales como quieras, los tendrás por cientos. Con mil francos, le puedes comprar la Bachelería á Rigou, llegar á ser dueño, trabajar para ti, en tu casa, ó más bien, hacer trabajar á los demás, y descansar tú. Únicamente que has de tener en cuenta que debes perseguir á gente que no tenga donde caerse muerta. Al que no tiene lana no se le puede esquilan. Toma lo que te ofrece el Tapicero, y déjale que pague costas si le gusta. Hay gente para todos los gustos en el mundo. ¿No prefirió el padre

Mariotte, á pesar de mi aviso, tener pérdidas mejor que ganancias?

Piernacorta, lleno de admiración por Gaubertin, volvió á su casa ardiendo en deseos de llegar á ser por fin propietario y burgués como los otros.

Al volver al castillo, el general Montcornet fué á darle cuenta á Sibilet del paso que había dado.

—El señor conde ha hecho bien, repuso el administrador frotándose las manos; pero no hay que detenerse ahí. El guarda campestre que permite que devasten nuestros campos y nuestros prados debía ser sustituido. El señor conde podría lograr fácilmente que le nombrasen alcalde de este ayuntamiento, y poner, en el puesto de Vaudoyer, á un veterano que tuviese valor para ejecutar la consigna. Un propietario debe ser amo en su casa. Ya veis las dificultades que nos crea el alcalde actual.

El alcalde del ayuntamiento de Blangy, antiguo benedictino, llamado Rigou, se había casado, el año primero de la República, con la criada del antiguo cura de Blangy. A pesar de la repugnancia que un religioso casado debía inspirar á la prefectura, lo mantenían como alcalde desde 1815, pues era el único en Blangy capaz de ocupar este puesto. Pero en 1817, habiendo enviado el obispo al abate Brossette á la parroquia de Blangy, privada de cura hacía ya veinticinco años, como era natural estalló una terrible disidencia entre el apóstata y el joven eclesiástico, cuyo carácter nos es ya conocido.

La guerra que desde esta época se hacían el alcalde y el presbítero, popularizó al magistrado, despreciado hasta entonces. Rigou, á quien los aldeanos detestaban á causa de sus combinaciones de usurero, representó de pronto sus intereses políticos y financieros, que se decían amenazados por la restauración, y, sobre todo, por el clero.

Después de haber rodado del café de la Paz á casa de todos los funcionarios, *El Constitucional*, órgano principal del liberalismo, llegaba á manos de Rigou al séptimo día, pues el abono, hecho á nombre del padre Socquard, el cafetero, era pagado por veinte personas. Rigou entregaba el periódico á Langlume, el molinero, el cual lo repartía en fragmentos entre todos los que sabían leer. Los primeros Paris y las bolas antirreligiosas del periódico liberal, formaron, pues, la opinión pública del valle de los Aigues. Así

es que Rigou, lo mismo que el venerable abate Gregorio, pasó á ser un héroe. Para él, como para ciertos banqueros de París, la política sirvió de manto para ocultar ciertas vergonzosas manchas.

En este momento, lo mismo que Francisco Keller, el gran orador, este monje perjuro era considerado como uno de los defensores de los derechos del pueblo, él, que, poco antes, no se hubiese paseado por el campo á la caída de la tarde, por temor de ser víctima de algún lazo que le causase la muerte. Perseguir á un hombre en política equivale, no sólo á engrandecerle, sino á borrar las faltas de su pasado. En este sentido, el partido liberal llevó á cabo muchos milagros. Su funesto periódico, que tuvo entonces la gracia de ser tan obtuso, tan calumniador, tan crédulo y tan estúpidamente pérfido como todos los públicos compuestos de la masa popular, cometió sin duda tantos estragos en los intereses privados como en la Iglesia.

Rigou se había alabado de encontrar en un general bonapartista caído en desgracia, en un hijo del pueblo levantado por la Revolución, un enemigo de los Borbones y de los sacerdotes; pero el general, en interés de sus secretas ambiciones, procuró evitar la visita del señor y de la señora de Rigou, durante su primera permanencia en los Aigues.

Cuando veáis de cerca la terrible cara de Rigou, el lobo cervero del valle, comprenderéis la segunda falta capital que sus ideas aristocráticas hicieron cometer al general, y que la condesa empeoró con una impertinencia de que se hará mención en la historia de Rigou.

Si Montcornet se hubiese captado las simpatías del alcalde, si se hubiese procurado su amistad, la influencia de este renegado acaso hubiese paralizado la de Gaubertin. Lejos de esto, existían tres pleitos pendientes en el tribunal de la Ville-aux-Fayes entre el general y el exmonje, de los cuales uno había sido ganado ya por Rigou. Hasta este momento, Montcornet había estado tan preocupado con sus intereses de vanidad y con su casamiento, que había olvidado á Rigou; pero, tan pronto como Sibilet le dió á conocer la necesidad de que sustituyese á Rigou, pidió caballos de posta, y fué á hacer una visita al prefecto.

El prefecto, el conde Marcial de la Roche-Hugon, era amigo del general desde el año 1804; precisamente lo que determinó á Montcornet á adquirir los Aigues fué una

conversación que tuvo en París con este consejero de Estado. El conde Marcial, prefecto bajo Napoleón, y que siguió siendo prefecto bajo los Borbones, procuraba halagar al obispo para mantenerse en su puesto. Ahora bien, monseñor le había pedido ya varias veces la destitución de Rigou. Marcial, que conocía perfectamente el estado de aquel ayuntamiento, quedó encantado con la petición del general, el cual, un mes después, obtuvo el nombramiento deseado.

Durante su permanencia en la prefectura, en donde su amigo le albergaba, por una casualidad muy natural, el general encontró á un sargento de la ex guardia imperial, al que le negaban la pensión de retiro. En otra circunstancia, el general había protegido ya á este valiente soldado, llamado Groison, el cual se acordaba de ello y le contó sus penas: se encontraba sin recursos. Montcornet prometió á Groison que le obtendría la pensión á que tenía derecho, y le propuso el empleo de guarda campestre de Blangy, como medio de pagarle los favores, entregándose al cuidado de intereses. La instalación del nuevo alcalde y del nuevo guarda campestre tuvo lugar simultáneamente, y, como es fácil comprender, el general dió instrucciones á su soldado.

Vaudoyer, el guarda campestre destituido, aldeano de Ronquerolles, como la mayor parte de los guardas campestres, sólo servía para pasearse, tontear y hacerse cuidar por los pobres, cuyo deseo es, precisamente, poder contar con la benevolencia de esta autoridad subalterna, que es el centinela avanzado de la propiedad. Conocía al cabo de Soulanges, pues los cabos de gendarmería desempeñan funciones casi judiciales en la instrucción de las causas criminales, y tienen relaciones con los guardas campestres, sus espías naturales. Soudry lo envió á Gaubertin, que recibió muy bien á Vaudoyer, antiguo conocido suyo, y le dió á beber un vaso de vino, mientras escuchaba el relato de sus desgracias.

—Mi querido amigo, le dijo el alcalde de la Ville-aux-Fayes, que sabía hablar á cada uno con arreglo á sus deseos, lo que te ocurre nos espera á todos. Los nobles vuelven á preponderar, la gente que ha recibido títulos del emperador hace causa común con ellos; quieren aplastar al pueblo, restablecer los antiguos derechos y quitarnos nuestros bienes; pero somos borgoñones; tenemos que defendernos, hay que enviar de nuevo á esos *Arminacs* á París.

Vuélvete á Blangy y allí serás guarda-venta por cuenta del señor Polissard, el adjudicador de la madera de bosque de Ronquerolles. Anda con Dios, muchacho, yo encontraré medio de ocuparte todo el año. Pero ten muy en cuenta que se trata de nuestros bosques. Cuidado con consentir ni cometer ningún delito, porque sino tendremos disgustos. Envía á los *hacinadores* á los Aigues. Finalmente, si hay quien quiera comprar madera, propónle la nuestra y nunca la de los Aigues. No tengas cuidado, esto no durará mucho y volverás á ser guarda campestre. El general llegará á aburrirse de vivir entre ladrones. ¡Ya sabes que ese Tapicero me llamó ladrón á mí mismo, á mí, hijo del republicano más probó; á mí, yerno de Mouchon, el famoso representante del pueblo, que no dejó ni siquiera un céntimo para su entierro!

El general subió el sueldo de su guarda campestre á trescientos francos, é hizo construir una alcaldía, en donde le dió habitación; después lo casó con la hija de uno de sus cortijeros que acababa de morir, y que quedaba huérfana y dueña de tres fanegas de viñedo. Groison se unió, pues, al general como un perro á su amo. Aquella fidelidad legítima fué reconocida en todo el distrito. El guarda campestre fué temido, respetado; pero este temor y respeto se parecía al que inspira el capitán de un buque cuando no es querido de su tripulación; así es que los aldeanos le trataron como si fuese un leproso. Este funcionario, acogido por el silencio ó por la burla oculta bajo las apariencias de honradez, fué un centinela, vigilado á su vez por otros centinelas. No podía nada contra el número. Los delincuentes se divertieron en tramar delitos, y el viejo veterano se desesperaba por su impotencia. Groison encontró en el desempeño de sus funciones el atractivo propio de una guerra de partidarios y el placer de la caza, la caza de los delitos. Acostumbrado en la guerra á aquella lealtad que consiste en obrar con franqueza, este enemigo de la traición tomó un odio mortal á aquella gente páfida en sus combinaciones, diestra en los robos, y que de tal modo hería su amor propio. Bien pronto observó que todas las demás propiedades eran respetadas; los delitos se cometían únicamente en la tierra de los Aigues; despreció, pues, á aquellos aldeanos bastante ingratos para robar á un general del Imperio, á un hombre esencialmente bueno y generoso, y al odio que les profesaba se unió bien

pronto el desprecio. Pero en vano se multiplicó, no podía estar en todas partes, y los enemigos delinquían en todas las partes á la vez. Groison hizo saber á su general la necesidad de organizar la defensa en toda forma, demostrándole la insuficiencia de sus sacrificios, y dándole á conocer las malas disposiciones de los habitantes del valle.

—Aquí ocurre algo raro, mi general, le dijo; estas gentes son demasiado atrevidas, no temen nada; cualquiera diría que cuentan con la protección de Dios.

—Ya veremos, respondió el general.

¡Palabra fatal! Para los grandes políticos, el verbo *ver* no tiene futuro.

En este momento, Montcornet tenía que resolver una dificultad que le pareció más apremiante. Necesitaba un *alter ego* que le reemplazase en la alcaldía durante el tiempo de su permanencia en París. Obligado á dejar por sustituto á un hombre que supiese leer y escribir, no encontró en todo el ayuntamiento más que á Langlumé, el inquilino de su molino. Esta elección fué detestable. No solamente los intereses del general alcalde y del teniente alcalde molinero eran diametralmente opuestos, sino que, además, Langlumé maquinaba negocios sucios con Rigou, que le prestaba el dinero necesario para su comercio ó para sus adquisiciones. El molinero compraba la hierba de los prados del castillo para alimentar sus caballos, y, gracias á sus maniobras, Sibilet no podía vendérsela á nadie más que á él. Todas las hierbas de aquel distrito se vendían á buenos precios antes que las de los Aigues, y la de los Aigues, quedando las últimas, aunque fuesen mejores, sufrían una depreciación. Langlumé fué, pues, un teniente alcalde provisional; pero en Francia lo provisional es eterno, á pesar de la fama que tienen los franceses de ser aficionados á la variación. Langlumé, aconsejado por Rigou, fingió ser adicto al general; era, pues, teniente alcalde en el momento en que, por virtud de la omnipotencia del historiador, empieza este drama.

En ausencia del alcalde, Rigou, miembro obligado del ayuntamiento, reinó é hizo que se tomasen resoluciones contrarias al general. Ya votaba por ciertos gastos, que eran provechosos á los aldeanos solamente, y cuya mayor parte iba á cargo de los Aigues, que, por su extensión, pagaba las dos terceras partes del impuesto; ya se negaban á abonar sumas muy útiles, como un suplemento de sueldo

al cura, la reconstrucción del presbiterio ó la retribución de un maestro de escuela.

—Si los aldeanos supiesen leer y escribir, ¿qué sería de nosotros... dijo sencillamente Langlumé al general, para justificar aquella decisión antiliberal, tomada contra un hermano de la Doctrina cristiana, que el abate Brossette había procurado introducir en Blangy.

Llegado á París, el general, encantado con su veterano Groison, empezó á buscar algunos antiguos militares de la guardia imperial, con objeto de hacer una formidable defensa de los Aigues. A fuerza de buscar y de preguntar á sus amigos y oficiales de la reserva, descubrió á Michaud, antiguo albéitar de los coraceros de la guardia, un hombre de esos que sus compañeros de armas dicen que es *duro de cocer*, nombre provisto por la cocina del vivac, en donde más de una vez se han encontrado habichuelas refractarias. Michaud escogió entre sus conocidos á tres hombres capaces de ser sus colaboradores y de hacer guardias sin miedo ni reproche.

El primero, llamado Steingel, alsaciano de pura sangre, era hijo natural del general de este nombre, que sucumbió cuando los primeros éxitos de Bonaparte, al empezar las campañas de Italia. Alto y fuerte, pertenecía á ese género de soldados acostumbrados, como los rusos, á la obediencia absoluta y pasiva. Nada le detenía en la ejecución de sus deberes; hubiese apuñalado á un emperador ó al papa si tal hubiese sido la orden. No conocía el peligro. Legionario intrépido, no había recibido ni un arañazo en los diez y seis años de guerra. Dormía á la intemperie ó en su lecho con una indiferencia estoica. Si el trabajo se hacía más penoso, se limitaba á decir: «Al parecer, hoy nos tocaba pasarlo de este modo».

El segundo, llamado Vatel, cabo de cazadores, alegre como unas castañuelas, de conducta un poco ligera con el bello sexo, sin ningún principio religioso, valiente hasta la temeridad, fusilaba riéndose á su compañero, si se lo mandasen. Sin porvenir, no sabiendo á qué dedicarse, le pareció agradable y divertida aquella guerrilla á que le proponían que se dedicase, y, como el gran ejército y el emperador reemplazaban para él á la religión, juró servir en favor y en contra de todos al valiente Montcornet. Estaba dotado de una de esas naturalezas esencialmente pendencieras, que,

sin enemigos, encuentran la vida insípida; en una palabra, estaba dotado de una naturaleza propia de alguacil ó de agente de policía. Así es que, sin la presencia del alguacil, hubiese cogido á la Tonsard dentro de la Grande-I-Verde, y hubiese enviado á paseo á la ley relativa á la inviolabilidad del domicilio.

El tercero, llamado Gaillard, viejo veterano que había alcanzado el grado de segundo teniente y que estaba acibillado de heridas, pertenecía á la clase de los soldados trabajadores. Pensando en la suerte del emperador, todo le parecía indiferente; pero cumplía tan bien con sus deberes, á pesar de su indiferencia, como Vatel, á favor de su pasión. Cargado con una hija natural, encontró en aquella colocación un medio de vivir, y la aceptó como hubiese aceptado el servicio en un regimiento. Al llegar á los Aigues, adonde el general llegó antes que sus soldados, á fin de despachar á Piernacorta, quedó asombrado de la desvergonzada audacia de su guarda. Existe una manera de obedecer, que implica en el esclavo la más sangrienta burla de la orden recibida. Todo, en las cosas humanas, puede llegar á lo absurdo, y Piernacorta había traspasado sus límites.

Ciento veintiséis juicios verbales llevados á cabo contra delinquentes, la mayor parte de acuerdo con Piernacorta, y vistos ante el juzgado de paz, pues los juicios de faltas se juzgaban en Soulanges, habían dado lugar á sesenta y nueve juicios en regla, en virtud de los cuales Brunet, encantado de tan buena fortuna, había hecho las actas rigurosamente necesarias para llegar á lo que se llama, en estilo judicial, procesos verbales de carencia, extremo miserable en donde cesa el poder de la justicia. Es esto una acta por la cual el alguacil hace constar que la persona perseguida no posee nada y se encuentra en la mayor indigencia. Ahora bien, allí donde nada hay, el acreedor, lo mismo que el Estado, pierde sus derechos por costas. Estos indigentes, escogidos cuidadosamente, vivían en cinco ayuntamientos de los alrededores adonde el alguacil se había trasladado, debidamente acompañado de sus patricios Vermichel y Fourchon. El señor Brunet había entregado las piezas de los procesos á Sibilet, acompañándolas de una cuenta de gastos que ascendía á cinco mil francos, y rogándole que pidiese nuevas órdenes al conde de Montcornet.

En el momento en que Sibilet, provisto de los protocolos,

explicaba tranquilamente á su amo el resultado de las órdenes poco precisas dadas á Piernacorta, y en que contemplaba con aire tranquilo uno de los ataques de cólera más violentos que haya podido tener nunca un general de caballería francesa, Piernacorta llegó para ponerse á las órdenes de su amo y pedirle unos mil cien francos, que era la suma á que ascendían las gratificaciones prometidas. La cólera se apoderó del general y le puso fuera de sí, hasta el punto de olvidar su corona condal y su grado; hizo caso omiso de todo, y pasó á ser el coracero, vomitando injurias de que había de avergonzarse más tarde.

—¡Ah! ¡mil cien francos! exclamó, ¡mil cien bofetadas, mil cien patadas en...! ¡Te has creído que soy tonto!... ¡Lárgate de aquí inmediatamente ó te reviento!

Al ver al general furioso y al escuchar sus primeras palabras, Piernacorta había huído como una golondrina.

—Señor conde, no tenéis razón, le decía Sibilet con mucha dulzura.

—¿Que no tengo razón?

—¡Dios mío! señor conde, tened cuidado, vais á tener un pleito con ese pillo.

—¡Que me importan á mí los pleitos!... Andad, que se vaya al instante mismo ese infame, procurad que no se lleve nada de lo que me pertenece, y ponedle la cuenta en la mano.

Cuatro horas después, toda la comarca charlaba á su modo contando esta escena. Decíase que el general había golpeado al desgraciado Piernacorta, que le negaba su salario, y que se había quedado con más de dos mil francos suyos.

Los más singulares dichos corrieron á costa del dueño de los Aigues, llegando á decir en algunos puntos que estaba loco. Al día siguiente, Brunet, que había instrumentado por cuenta del general, le llevaba por cuenta de Piernacorta una citación ante el juzgado de paz. Aquel león tenía que verse picado por mil mosquitos; su suplicio no hacía más que empezar.

La instalación de un guarda exige algunas formalidades: tiene que prestar juramento ante el juzgado de primera instancia, y, por lo tanto, pasaron algunos días antes de que los tres guardas estuviesen revestidos de carácter oficial. Aunque el general había escrito á Michaud diciéndole que

se pusiese en camino inmediatamente con su mujer, sin esperar á que el pabellón de la puerta del Avonne estuviese arreglado para recibirle, el futuro guarda general fué retenido por las ocupaciones de su boda, por los parientes de su mujer, llegados á París, y no pudo ir hasta quince días después. Durante estos quince días, necesarios para el cumplimiento de las formalidades á que se prestaron de muy mala gana en la Ville-aux-Fayes, los bosques de los Aigues fueron devastados por los merodeadores, que se aprovecharon del tiempo en que no estuvo guardado por nadie.

La aparición de los tres guardas vestidos con paño verde, color del emperador, magníficamente armados, y cuyas caras anunciaban un carácter enérgico, con buenas y ágiles piernas todos y capaces de pasar las noches en los bosques, fué un gran acontecimiento en el valle, desde Conches hasta la Ville-aux-Fayes.

En todo el distrito, Groison fué el único que celebró la venida de los veteranos. Encantado con tal refuerzo, pronunció algunas palabras amenazadoras contra los ladrones, los cuales, dentro de poco tiempo, encontrarían cerrados los prados, y se verían en la imposibilidad de hacer daño. La acostumbrada proclamación no faltó en esta guerra, viva y sorda á la vez.

Sibilet manifestó al general que la gendarmería de Soulanges, y, sobre todo, el cabo Soudry, eran hipócritamente hostiles á los Aigues, y le hizo comprender la necesidad de poner allí un cabo animado de buena voluntad hacia él.

—Con un buen cabo y gendarmes que miren por vuestros intereses, seréis dueño del país, le dijo.

El conde corrió á la prefectura, en donde obtuvo del general que mandaba la división el retiro de Soudry y su sustitución por un tal Viallet, excelente gendarme del distrito, que le alabaron mucho el general y el prefecto. Los gendarmes del puesto de Soulanges, destinados todos á otros puntos del distrito, por el coronel de la gendarmería, antiguo compañero de Montcornet, fueron reemplazados por hombres escogidos, que recibieron la orden secreta de velar por las propiedades del conde de Montcornet, á fin de que no fuesen perjudicadas en lo sucesivo, y se les recomendó, sobre todo, que no se dejasen sobornar por los habitantes de Soulanges.

Esta última resolución, llevada á cabo con una prontitud

que no dió lugar á resistencia, llenó de asombro á la gente de la Ville-aux-Fayes y de Soulanges. Soudry, que se consideró destituido, se lamentó, y Gaubertin logró que le nombrasen alcalde, á fin de poner la gendarmería á sus órdenes. Se gritó mucho contra la tiranía. Montcornet pasó á ser objeto del odio popular. No solamente cambió el modo de vivir de cinco ó seis familias, sino que hirió la vanidad de muchos. Los aldeanos, animados por palabras dichas por algunos de los pequeños burgueses de Soulanges y de la Ville-aux-Fayes, por Rigou, por Langlumé, por el señor Guerbet, el jefe de la posta de Conches, se creyeron en visperas de perder lo que ellos llamaban sus derechos.

El general arregló el pleito con su antiguo guarda, pagándole todo lo que le pedía.

Con los dos mil francos Piernacorta compró un pequeño dominio enclavado en las tierras de los Aigues, en un lugar limpio de matorrales, que era punto de espera para la caza. Rigou no había querido nunca ceder la Bachelería; pero sintió un especial placer vendiéndosela á Piernacorta con un cincuenta por ciento de beneficio. Como Piernacorta no hubiese pagado más que mil francos, pasaba á ser de aquel modo uno más de los numerosos clientes de Rigou, que le tenía en sus manos de este modo.

Los tres guardas, Michaud y el guarda campestre, hicieron desde entonces vida de guerrilleros. Acostándose en los bosques, los recorrían sin cesar. Adquirían aquel profundo conocimiento que constituye la ciencia del guardabosque, que le ahorra pérdida de tiempo, estudiando las salidas, familiarizándose con los atajos y acostumbrando sus oídos á los choques y diferentes ruidos que se hacen en los bosques. Finalmente, observaron las caras, pasaron revista á las diferentes familias de las diversas aldeas del distrito y á los individuos que las componían, sus costumbres, su carácter y sus medios de existencia. ¡Cosa más difícil de lo que se piensa! Al ver que tomaban medidas tan acertadas, los aldeanos que vivían de los Aigues opusieron un mutismo completo y una astuta sumisión á aquella inteligente policía.

Desde un principio, Michaud y Sibilet no simpatizaron. El franco y leal militar, honra de los sargentos de la joven guardia, odiaba la melosa estupidez y el aire descontento del administrador, á quien apodó desde un principio el *Chino*. Bien pronto observó las objeciones que Sibilet opo-

nia á las medidas radicalmente útiles y las razones con que justificaba las cosas de dudoso éxito. En lugar de calmar al general, Sibilet, como ha podido verse en este sucinto relato, le excitaba sin cesar, y le inclinaba á tomar medidas de rigor, procurando al mismo tiempo intimidarle con la infinidad de molestias, pequenezes y dificultades renacientes é invencibles. Sin adivinar el papel de espía y de agente provocador aceptado por Sibilet, el cual, desde su instalación en el castillo, se prometió á sí mismo escoger, según sus intereses, un amo entre el general y Gaubertin, Michaud reconoció en el administrador una naturaleza ávida y malvada. La profunda enemistad que separó á estos dos altos funcionarios agradó en un principio al general. El odio de Michaud le inclinaba á espiar al administrador, espionaje al que él, sin embargo, no se hubiese entregado, si el general no se lo hubiese pedido. Sibilet acarició al guarda general y lo aduló rastaramente, sin poder lograr que abandonase aquella excesiva cortesía que el bravo militar usaba para que sirviese de barrera entre ellos.

Ahora, conocidos ya estos detalles preliminares, se comprenderá perfectamente el interés de los enemigos del general, y el de la conversación que tuvo con sus dos ministros.

CAPÍTULO IX

DE LA MEDIOCRACIA

—Y bien, Michaud, ¿qué hay de nuevo? preguntó el general después que la condesa salió del comedor.

—Mi general, si queréis creerme, no hablemos aquí de estos asuntos; las paredes oyen, y no quisiera que lo que vamos á hablar salga de entre nosotros.

—Bueno, respondió el general, iremos paseándonos hasta la casa del intendente, por el sendero que atraviesa el prado; de este modo estaremos seguros de que nadie nos escucha...

Algunos instantes después, el general atravesaba la pradera, acompañado de Sibilet y de Michaud, mientras que la condesa iba entre el abate Brossette y Blondet. Michaud contó la escena ocurrida en la taberna.